

Manuel Ibarra (MIR): Respuesta al PC

(Punto Final N° 136, 3 de agosto de 1971)

Orlando Millas, Roberto Pinto, y otros militantes del Partido Comunista, a través de la revista "Principios" y el periódico "El Siglo", se han dedicado este último tiempo a un permanente enjuiciamiento de los planteamientos y actividades políticas del MIR (1). Debemos preocuparnos de estos juicios porque la mayor parte de ellos se especializan en atribuir al MIR líneas de acción de las cuales no participamos y en desvirtuar los verdaderos planteamientos de nuestra organización. Pero principalmente participamos en esta polémica con el Partido Comunista, pues creemos que ella ayudará a la izquierda en su conjunto, y a las clases trabajadoras, a clarificar las formas correctas de enfrentar a la burguesía para asegurar el triunfo de la revolución socialista en nuestro país.

Algunas normas para el debate entre revolucionarios

El constante recurrir por parte de los polemistas del PC a un supuesto "sectarismo" y "hostilidad anticomunista" en el MIR nos obliga, antes que nada, a aclarar que no existe en nuestra organización asomo de una actitud "anticomunista". No debiéramos ser nosotros quienes recordáramos que el MIR en repetidas circunstancias ha demostrado que no se presta para tales actitudes sectarias, aun en circunstancias tan dolorosas como la muerte de nuestro compañero Arnoldo Ríos. Nuestras críticas y las diferencias que tenemos con el Partido Comunista han sido siempre debatidas con la altura y honestidad que creemos debe haber entre organizaciones revolucionarias.

Pero este cuidado que ponemos en el diálogo revolucionario no nos impide plantear con absoluta claridad y precisión las debilidades y errores que vemos en la izquierda, así como las formas de lucha que creemos más convenientes para el proceso revolucionario. Diferir o criticar al Partido Comunista no es ser anticomunista. El Partido Comunista no es el "escogido de Dios", ni el depositario de ningún dogma teológico que permita a sus militantes Rodríguez Elizondo o Roberto Pinto calificar a los que difieren de ellos como revolucionarios "deshonestos", o a la inversa, encajonar a los cuarenta miembros del Movimiento "Ranquil" que "redescubrieron la fe" como "gente sana y honesta que reconoció sus errores".

A pesar de que Roberto Pinto quiera limitar el valor de las actividades del MIR al "trabajo de investigación y desenmascaramiento de actividad sediciosas donde han hecho su contribución (2), de hecho los planteamientos que debate el MIR son los planteamientos de vastas masas trabajadoras que participan y se encuentran interpretadas por la acción revolucionaria del Frente de Trabajadores Revolucionarios, la Junta Nacional Revolucionaria de los Sin Casa, del Movimiento Campesino Revolucionario y de los FER-MUL. Ya la izquierda tradicional no consigue más que engañarse a sí misma al tratar de seguir levantando la imagen de una izquierda revolucionaria que desapareció diez años atrás: una izquierda de pequeños grupos desligados de las masas. Hoy el MIR representa las aspiraciones y la práctica de lucha de miles de obreros, campesinos, pobladores y estudiantes, organizados a través de todo Chile.

Los militantes comunistas a que aludimos, y el dirigente Orlando Millas, se arrogan el derecho de falsear el pensamiento del MIR y atacar nuestra práctica política. Sin embargo, cuando el MIR formula sus justas críticas al Partido Comunista o a otros sectores de la Unidad Popular, estos

mismos dirigentes y militantes claman escandalizados que nuestra organización le hace el juego a la derecha y la burguesía. Nuevamente tenemos que preguntar, ¿qué dogma es el que condena los planteamientos de la izquierda revolucionaria a tener siempre el estigma de servir a la derecha y perjudicar al Partido Comunista? Esta peculiar forma de razonamiento nos obliga a advertir fraternalmente a estos militantes y dirigentes que tras el mal uso de categorías marxistas, están pasando de contrabando una concepción idealista mesiánica del partido político y sus relaciones con otras organizaciones revolucionarias y frentes de la clase trabajadora.

Seríamos ciegos si no viéramos que los plumarios al servicio de la burguesía tratan, y seguirán tratando, de utilizar esta polémica revolucionaria con el propósito de dividir las fuerzas de izquierda y dar a nuestro pueblo una imagen artificial de ruptura. Sin dejar la polémica, porque creemos que ella es positiva para la izquierda, hay una forma de fijar los marcos de ésta y evitar así que la derecha tome de este diálogo elementos que faciliten sus propósitos. Esta forma serían las conversaciones entre las direcciones de las principales fuerzas políticas de la izquierda (PS, PC y MIR). No ha sido el MIR quien ha dejado de asistir a tales conversaciones.

La fórmula para anular los intentos de la derecha de utilizar en su provecho esta polémica revolucionaria, no es hacer eco a las intrigas literarias de los escribanos reaccionarios, como lo hace Orlando Millas en su artículo malintencionadamente titulado: "Jaime Castillo, ideólogo mirista". Estamos convencidos de que la forma de anular los propósitos de la derecha de utilizar esta polémica, es no confundir al enemigo, dejar claramente sentado que la derecha nada tiene que hacer aquí, pues lo que aquí se discute es cómo golpearla mejor, cómo fortalecer el desarrollo de las fuerzas revolucionarias en nuestro país.

Confusión entre Gobierno y Poder

Toda la arquitectura de las críticas hechas por los articulistas comunistas al MIR, se fundamentan en un grave error político y conceptual: la confusión entre el hecho de que partidos de izquierda que representan a la clase trabajadora tengan acceso al gobierno, y lo que es una revolución de trabajadores que conquista el poder.

El Estado chileno, al igual que en cualquier país capitalista, es un inmenso aparato burocrático que, respaldado en un "orden" legal y sustentado en el monopolio de una fuerza armada permanente y especializada, legaliza y afianza la opresión burguesa sobre las clases trabajadoras. Una revolución consiste en que la clase obrera destruye todo el aparato estatal reemplazándolo por otro nuevo, que se sustenta en los trabajadores armados y en un orden legal revolucionario.

Lo que el 4 de septiembre los partidos de la Unidad Popular lograron no fue la conquista revolucionaria del poder y la destrucción del Estado capitalista por los trabajadores, sino solamente el acceso de dichos partidos al gobierno, a una fracción de esta vasta e intrincada maquinaria que es el Estado capitalista. El orden legal y la burocracia judicial, las Fuerzas Armadas, el Poder Legislativo, y buena parte del propio Poder Ejecutivo, creados por la burguesía, siguen incólumes cumpliendo su función de dominación sobre las grandes mayorías y de amortiguación de los choques entre la clase explotadora y las clases explotadas. El acceso al gobierno de partidos obreros puede favorecer la conquista del poder por los trabajadores si son bien utilizados los recursos que tal situación ofrece, pero dista mucho de ser en sí conquista del poder. La conquista del poder por los trabajadores, base

de la revolución socialista, implica necesariamente que la clase obrera y sus clases aliadas destruyan el aparato estatal capitalista existente y no se limiten simplemente a apoderarse de él.

El supuesto fracaso de la estrategia del MIR

Una correcta visualización del problema del Estado y la conquista del poder por los trabajadores nos muestra que la tesis de que el MIR fracasó en su estrategia política porque la Unidad Popular ha sido victoriosa en su meta de llegar al gobierno, es totalmente infundada, a la vez que trata de confundir los planteamientos del MIR con los mismos errores conceptuales de quienes sostienen dicha tesis.

Como organización marxista-leninista, el MIR sostiene que una revolución socialista en Chile, entendiéndola como paso básico de ésta la destrucción del Estado capitalista y la construcción de un nuevo Estado obrero y campesino, pasa necesariamente por el enfrentamiento violento de la burguesía con las clases trabajadoras. Sólo se pueden suponer derrotadas las tesis revolucionarias del MIR por la victoria electoral de la Unidad Popular si se sueña con que hoy en Chile las clases trabajadoras han conquistado el poder por obra de este triunfo. Y esto no ha ocurrido.

No es secreto para nadie que el MIR pensaba, y así lo dijo, que era extremadamente difícil que la Unidad Popular ganara las elecciones presidenciales pasadas. Creemos que esto fue posible por el error táctico de una burguesía que, estando unida como clase explotadora, se dividió políticamente en el juego electoral. Error, por lo demás que la burguesía ha sabido remediar con la alianza PDC-PN. Pero la cuestión no estriba en afirmar que el MIR está denotado en su estrategia porque dudaba del triunfo electoral de la Unidad Popular, la cuestión estriba en demostrar que el acceso al Gobierno de la Unidad Popular y la acción política que ésta se plantea, permitirá el triunfo de la revolución socialista en Chile. Y esto no se demuestra pidiendo a los dirigentes del MIR que se hagan autocríticas que no tienen por qué hacerse. Se demuestra realizando la revolución en Chile.

Las diferencias entre los planteamientos del MIR y los articulistas comunistas son más serias que un vaticinio electoral. Tienen que ver con las graves limitaciones que se encuentran al intentar hacer una revolución mediante un proceso de reformas administrativas, dentro de los marcos de un Estado burgués. Tienen que ver con las formas de lucha que creemos convenientes para el proceso revolucionario en la actual coyuntura histórica de "impasse" de la lucha de clases. Es alrededor de estos puntos donde nos interesa discutir diferencias estratégicas y tácticas con otras fuerzas de la izquierda, en el entendido que tenemos el mismo objetivo revolucionario: la conquista del poder por los trabajadores chilenos.

La conquista del poder tarea central del período

No nos hemos detenido en el problema del Estado simplemente para reivindicar los planteamientos estratégicos del MIR. La clara visión del amarre que el orden legal y el aparato burocrático de este Estado impone al intento de llevar a cabo reformas con contenido revolucionario, así como la mejor utilización de los recursos que ofrece el acceso a una fracción de este aparato estatal, son fundamentales para precisar las principales tareas de las clases trabajadoras y las organizaciones revolucionarias chilenas en la actual coyuntura histórica.

En relación a esto es pertinente recurrir a las esclarecedoras palabras de Lenin en su polémica con Kautsky: "La esencia de la cuestión radica en que si se mantiene la vieja máquina estatal (enlazada por miles de hilos a la burguesía y empapada hasta el tuétano de rutina y de inercia) o si se la

destruye, sustituyéndola por otra nueva. La revolución debe consistir no en que la nueva clase mande y gobierne con ayuda de la vieja máquina del Estado, sino que destruya esta máquina y mande, gobierne con ayuda de otra nueva"(3).

Lenin no levanta la cuestión de la conquista del poder y destrucción del Estado burgués como base fundamental de todo proceso revolucionario en una mera actitud principista, La destrucción del aparato estatal burgués tiene una razón práctica que es la dificultad, más precisamente la imposibilidad, de llevar a cabo reformas revolucionarias dentro de los marcos de este Estado. Más de 150 años le ha llevado a la burguesía la creación y desarrollo del actual Estado chileno. Cada departamento burocrático, cada ley que ordena y reglamenta sus posibilidades de acción, forma parte de un todo intrincado que tiene por función defender los intereses de la burguesía como clase y facilitar la dominación de ésta sobre las clases asalariadas.

La práctica de los meses de gobierno que lleva la Unidad Popular son suficientes para comprender que el Estado entrega a la burguesía mil recursos por los cuales amarrar al gobierno de izquierda, dificultar sus tareas progresistas, desvirtuar y a veces estancar totalmente sus planes de reformas. En el agro la Reforma Agraria encuentra grandes dificultades por las limitaciones legales y la falta de recursos institucionales.

En la construcción el Ministerio de Vivienda, por ley, no puede construir por sí mismo más del 20% de su presupuesto de obras, lo que deja los planes de construcción a merced de la Cámara Chilena de la Construcción. En la industria, la conquista de más fábricas para el pueblo encuentra la oposición reaccionaria de la Contraloría, y por tanto, el gobierno no tiene instrumentos legales para impedir el boicot industrial, el desabastecimiento, la fuga de capitales y el estancamiento de la inversión privada. El proyecto de nacionalización del cobre que inició el Ejecutivo ha sido desvirtuado por la mayoría artificial reaccionaria en el Congreso. La justicia favorece descaradamente a los grupos sediciosos y a los sectores empresariales. La ley respalda el poderío propagandístico y las campañas terroristas de los medios de comunicación de masas controlados por la burguesía. El Parlamento es la trinchera de la reacción. Muchos otros ejemplos pueden darse para mostrar cómo el Estado burgués conspira contra el intento de reformas de orientación revolucionaria, cómo dificulta y amarra la acción de la izquierda en el gobierno.

Lo que no ven algunos sectores de la izquierda tradicional, lo ven claramente los políticos de la clase dominante. Después del triunfo electoral de la Unidad Popular en septiembre pasado, se produjo en la clase dominante el desconcierto y el pánico. Diversos grupos reaccionarios comenzaron a hacer acciones terroristas, intentaron arrastrar a los sectores más derechistas de las Fuerzas Armadas a una aventura golpista; Frei y su pandilla apoyaron el intento sedicioso que terminó con el asesinato del general Schneider. Sin embargo, después de estos intentos sediciosos apresurados y fracasados, las fuerzas políticas ejes de la burguesía tomaron conciencia que estaban desperdiciando un instrumento fundamental de lucha: el Estado burgués. Desde entonces impera en los partidos de la burguesía la estrategia más madura de aprovechar el peso del Estado burgués para amarrar al gobierno de izquierda, estancar su plan de reformas, promover el boicot económico, lo que sumado a la preparación paciente de grupos sediciosos golpistas y el "trabajo" en los sectores derechistas de las Fuerzas Armadas, crearía las condiciones óptimas para intentar derrocar al gobierno mediante la creación de una crisis político-institucional en su momento más débil.

La gran batalla por la producción

Son justamente las dificultades que la permanencia del Estado burgués impone al gobierno de la Unidad Popular, lo que lleva al MIR a sostener que hacer de la tarea de aumentar la producción la columna fundamental de la acción política del periodo, es escoger el peor campo de combate para las clases trabajadoras.

Centrar las tareas del gobierno en la batalla por el aumento de la producción es caer en el ilusionismo de que los partidos de izquierda, desde el gobierno, podrán, dentro de los marcos del Estado actual, convencer a la minoría burguesa que acepte incorporarse a un plan de reformas que van contra sus intereses de clase. La burguesía ve que tarde o temprano sus intereses están amenazados por la expropiación y, por lo tanto, no tiene ningún incentivo para manejar eficientemente la industria y hacer las inversiones necesarias para aumentar significativamente la producción. Dentro de los mareas del Estado actual, no hay ninguna medida de control administrativo del gobierno que pueda impedir el sabotaje, o simplemente la resistencia pasiva de la industria y la agricultura privadas.

Centrar las tareas del período en la batalla por la producción es arriesgar una derrota que aparecería como el fracaso de la clase obrera, cuando los verdaderos culpables de las deficiencias básicas de nuestra economía no es la falta de trabajo de los obreros y campesinos, sino el irracional sistema de relaciones de producción capitalista dependiente imperante en nuestro país, que imposibilita el desarrollo de las fuerzas productivas. En este sentido es absolutamente conector cuando el MIR plantea que es necesario que el país tenga claro que quienes son responsables del estancamiento del desarrollo de las fuerzas productivas son los dueños de las industrias y de la tierra, es la burguesía criolla aliada a la burguesía imperialista extranjera. Si la cuestión fuera simplemente que los obreros y campesinos trabajaran más para aumentar la producción, ¿para qué entonces plantearse la necesidad histórica de hacer una revolución socialista en Chile, conquistar los medios de producción para todo el pueblo, arrebatar el poder a la burguesía?

Olvidemos por un momento que la batalla por la producción es el peor campo de combate para las clases trabajadoras. Aun así, es incorrecto darse como tarea principal del período la batalla por la producción, como "tarea que decide en última instancia el éxito del gobierno"(4). Lo que decide en última instancia el éxito del gobierno de la Unidad Popular, desde una perspectiva histórica y revolucionaria, es si la gestión de este gobierno permite o no la utilización óptima de los recursos de una fracción del Estado burgués para asegurar la conquista del poder por los trabajadores. Esto es lo peculiar del proceso chileno.

En la actual coyuntura histórica chilena un gobierno revolucionario no puede encontrar estabilidad alguna a menos que se niegue a sí mismo en cuanto parte de un Estado burgués y se convierta en el germen de una revolución socialista. En otras palabras, a menos que movilice activamente a las masas trabajadoras para arrebatar el poder a la burguesía, destruir el actual aparato estatal y reemplazarlo por el Estado revolucionario de obreros y campesinos.

El MIR no afirma, como tratan de hacer aparecer los articulistas comunistas, estar contra la tarea de aumentar la producción, ni tampoco ignora "la trascendencia de los cambios que se han venido produciendo en Chile desde la constitución del Gobierno Popular" (5). Lo que el MIR plantea es que si bien estos cambios y la batalla por la producción son importantes para fortalecer y ganar apoyo para el movimiento revolucionario, el aumento de la producción no debe constituir la principal tarea del período.

El MIR sostiene que la cuestión fundamental es la movilización de obreros y campesinos para la conquista del poder. Hacia este objetivo deben canalizarse todos los esfuerzos de las organizaciones políticas de izquierda y los frentes de clase. Hacia este objetivo deben orientarse la agitación política, la propaganda y la organización de las clases trabajadoras. Con esta meta central deben relacionarse todas las luchas reivindicativas y políticas: la conquista de más fundos y fábricas para el pueblo, el no pago de indemnización por el cobre, la lucha contra el boicot y por el aumento de la producción, el desenmascaramiento de los enemigos de clase y la deslegitimación del Estado burgués, el enfrentamiento a la sedición reaccionaria.

Dejamos pendientes algunos puntos importantes de polémica, como el problema de la lucha armada, la definición de los amigos y enemigos de clase, la movilización de las masas y la precisión de las formas de lucha en el período actual (burocratismo, tomas de fundos y fábricas, etc.), para tratarlos en los próximos números de esta revista que nos dispensa tribuna.

Manuel Ibarra Rojas

1 Roberto Pinto, "Los ataques del MIR al Partido Comunista", "El Siglo", 18 de julio de 1971; José Rodríguez Elizondo, "Mitología de la ultraizquierda", revista "Principios", N° 139, mayo-junio 1971; Orlando Millas, "Jaime Castillo, ideólogo mirista", "El Siglo", 14 de julio de 1971.

2 Roberto Pinto, artículo citado.

3 Lenin, "El Estado y la Revolución", Obras Escogidas, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, Pág. 396.

4 Víctor Díaz, Informe al Pleno del Partido Comunista, marzo 1971

5 Roberto Pinto, artículo citado.